

6 voces miradas

Atavío y puñal

María Ángeles Pérez López (Valladolid, 1967)

Es profesora de Literatura Hispanoamericana en la Universidad de Salamanca. Ha publicado los poemarios: *Tratado sobre la geografía del desastre* (1997), *La sola materia* (1998), *Carnalidad del frío* (2000) y *La ausente* (2004). Ha recogido su obra en *Catorce vidas (Poesía 1995-2009)*. Su última publicación es este *Atavío y puñal* (Olifante, Zaragoza, 2012).

22 poemas, 22 mujeres comparecen en este libro, cruel y hermoso. Personajes dramáticos que dicen el dolor y la esperanza. Lo pintan. Pues la palabra dibuja una imagen precisa en el poema, tal como la mujer lo hace sobre su cuerpo. La mujer pinta sobre su cuerpo, tatúa, perfora, extrae... su propio dolor y la alegría y la esperanza del mundo. Hay aquí un cuerpo de mujer expuesto (tanto como lo está la palabra que lo dice), carne, materia amenazada. Inevitable es pensar en Frida Kahlo o las experiencias de “body art” de los años 60. Atavío y puñal: vestir al cuerpo y cortarlo con el puñal de la historia. “La mujer pinta” (así comienzan casi todos los poemas): “el verdor oscuro de las aguas”, “el musgo cariñoso y los helechos” y lo hace sobre su cuerpo dolorido. O saca “de su ombligo pequeño” “un hilo invisible y despiadado / con el que fabricarse una peluca”, la pinta con yodo y desafía a la quimio y al tumor”. Y pinta a otra mujer y asistimos, en el espejo del poema, a esa mujer sentada que es la imagen misma de la desolación; lo que está en el cuadro de Hopper *Hotel room*. Pero el silencio del cuarto de hotel se abre a la esperanza y las dos mujeres, la del poema y la del cuadro, “se sientan juntas y se abrazan”. Porque desde el dolor, desde la carne herida, la mujer “inventa el mundo y es azul” y desde el ritual de los pequeños gestos es capaz de cancelar la historia; inventa un mundo azul contra la muerte, con la sangre que cosió el tiempo de lo común. Aquí está lo que pintan sobre su cuerpo, lo que denuncian, lo que defienden cinco mujeres; una muestra pequeña de este libro sin concesiones, duro como el cristal o el filo de un puñal que corta pero también vestido con el traje de la resistencia y la esperanza.

Antonio Crespo Massieu

La mujer pinta sus pies de verde y se sube a ellos.

De los talones nace el odio del asfalto,
su ennegrecida capa de petróleo
embetunando pájaros y niños,
forma de aminoácido esencial
que desgasta las alas, la llovizna,
las caracolas blancas peleando
contra el rencor viscoso de la brea.
Con una brocha grande, la mujer
pinta el verdor oscuro de las aguas
en las que se deslizan los arenques
y sus anillos de aire livianísimo,
también los hipocampos, las ballenas,
los moluscos marinos que retozan
en praderas de posidonias vivas
y se aparean en nombre del amor.
Igualmente la hierba de los prados,
el musgo cariñoso y los helechos
comienzan en los dedos desiguales
de los pies y remontan las rodillas
como salmones tibios desovando
a la altura feliz de las caderas.
Para el negro sudario del benceno
que atrapa las gaviotas y las lanza
contra la arena triste, enrarecida
del tiempo y el esfuerzo alquitranados,
la mujer se encarama en sus dos pies
y suelta el corazón como una tórtola.

De su ombligo pequeño, la mujer
saca un hilo invisible y despiadado
con el que fabricarse una peluca.
Tira de él, lo devana en un carrete
y teje una melena amarillenta
para tapar su calva, su pesar,
su cráneo endurecido por la quimio.
Cada porción minúscula de pelo
equivale al total exactamente,
en un píxel de la hebra rectilínea
es completa la masa celular,
resume lo heredado y lo futuro,
el tiempo en su promesa y su baúl.

Por su ombligo pequeño, la mujer
se levanta sin lágrimas, pasea
por el pasillo blanco de hospital
y mira sin rencor y sin pestañas.
Después pinta con yodo su peluca
y sonrío despacio ante el espejo
con su hermosura intacta y sin dolencia.
El yodo trae el mar y las gaviotas;
su perfume es salitre y condición
de isótopo soluble, hospitalario
que acaricia la calva, cicatriz.

De su ombligo no nace ningún loto,
no hay belleza redonda o proporción
áurea que mida el mundo y a los hombres,
sino solo el trajín deshilachado
del útero manchado de pobreza
que alberga, como un cuerpo en otro cuerpo,
la condición fibrosa del tumor.
Pero ella no se queja ni lamenta,
pinta un pez de agua dulce entre su pelo
y lo peina despacio y entregada.

En el límite exacto de su cuerpo,
la mujer pinta entera a otra mujer:
sobre el rincón del codo, un nuevo codo;
en la piedra esmeralda del oído
una flor engastada en color verde;
en el hueco aterido de su pecho
en que entraron de golpe las palomas
y bebieron cenizas y reproches,
el corazón enfermo, desgastado
y su roja resina primordial;
en el vientre encendido en el desastre,
una mujer sentada en una cama
estrecha y diminuta de un hotel,
mientras lee una hoja que no entiende.
De sus orejas lindas, presumidas,
bajaron las libélulas azules,
de sus pies, los zapatos de tacón,
y está sentada, sola y sin consuelo
sobre una cama estrecha y diminuta
en que lee una hoja que no entiende.
Tal vez hable de flores y abandonos,
del pincel y su pelo arrebatado
que ulcera la anilina, la memoria
y borra con sus lágrimas las letras,
el óleo que se mezcla con la sal
y pierde los colores, la alegría.
En el límite exacto de su cuerpo,
sobre el perfil diluido, sin aceites
de adormidera o lino, sin barniz
que proteja su sexo del desaire
en el duele imposible de este amor,
la mujer pinta entera a otra mujer.
Las dos se sientan juntas y se abrazan.

a E. Hopper, por "Hotel room"

La mujer no conoce la palabra sosiego.

Se sabe el diccionario completito
pero nunca aparece esa palabra
en su nómina larga y prodigiosa
de días y pesares y razones.

Así le va, no hay horas suficientes
para pintar grafitis en su cuerpo
como pared de adobe no horadada
porque ella también puede, yes we can,
ella también pintarrajea un sol
sobre su piel flexible, oscurecida
y la felicidad es el tornado
de saberse viviendo en la mitad
exacta de su vida, en los cuarenta
que han traído a raudales las palabras
para decir que sí, que yes we can,
que hay formas no menores de alegría
en las sílabas blancas sobre el cuerpo,
sobre el duro cemento del país.

Aes tónicas, la eme, súper uve,
letritas que se ponen a crecer
en el patio con niños de la boca,
en su chiquillería y sus hierbajos,
su percentil, su tabla de planchar,
su voto y su pelea de justicia;
las letras diminutas que se bañan
como las nadadoras, las atletas
en el azul intenso de la boca,
se ponen a crecer, se hacen mayores,
salen al mundo, duelen, se estremecen
y escriben la alegría, el abandono,
las redes de agujeros sobre el cuerpo
como una tapia rota y demolida
que se deja querer por las palabras.
No hay forma de poderle a ese festejo.

La mujer inventa el mundo y es azul.

Parece cotidiano en su simpleza,
su límpida canción de los objetos
en la materia sola y reservada
con que se inicia el tiempo y el ritual
del té que abre su aroma en los pesares
y cancela la historia, los rigores,
los campamentos rojos de la ira.

La mujer inventa el mundo y es azul.

El cruel temperamento del granito
desarma sus moluscos, los espejos
de la roca que se hace maleable
y vuelve migazón las convicciones,
tobillo tan flexible como el agua
que rota sobre sí su levedad.
Y el azul no es del boli de la infancia,
del bic y su costumbre en el oído
sino la sangre entera y persistente
que cosió las alfombras, los pañuelos,
las melfas, las zozobras y caftanes
con flores que olvidaron el cobalto
en su estallido azul contra la muerte;
la misma sangre firme que circula
como un cordón por cosas y personas
atándolas al viento y sus finezas,
cortesías de apego y de intemperie.